

ESPERANDO A NOSTRADAMUS

En esta noche tórrida hay mucha, demasiada gente, en el oscuro corazón del burdel. Hasta la silenciosa y tímida india, a la que apodan *La mudita* por su enigmática locuacidad, tiene hoy abundante trabajo. Se beben licores fuertes, que sirven en vasitos de vidrio unas muchachas pálidas de polvo de arroz, y los hombres murmuran, mientras esperan su paciente turno, frases largas que pueden parecer letanías de oración.

Ha llegado el viejo profesor Cándido Remy, célebre por haber contado una a una las cuatrocientas mil palabras del *Ulises* de James Joyce, y por haber dado a las prensas un único opúsculo, en décimas encadenadas, que escribió en honor de Fantomas, Dante y Julio Verne. Cosas de loco, decía su incrédulo compadre, el maestro Osvaldo Loplop, que también acercaba su vaso para que lo rellenara alguna efervescente geisha. A Remy lo conocí en el 55, el día que cayó Perón, gritaba como un poseso subido a la garita del vigilante que había en la Avenida Santa Fe y Pueyrredón. Lo festejaba un grupo de ruidosos adolescentes que suponían que su inconexo discurso era una inflamada profusión de alegría ante la recuperada libertad, pero yo, que estaba ahí con mi padre, no entendía una sola de aquellas gloriosas palabras. Cuando se bajó de la garita comprobamos no sólo su elegante ebriedad, sino que el jubiloso Cándido Remy era mi profesor de física en el Colegio Nacional Bartolomé Mitre, allá en el amargo Abasto.

¿Que quién es el maestro Osvaldo Loplop?, exclamó irritado Mastrongo. Comenzó su brillante carrera como violinista del Teatro Colón, anduvo de giras por Europa,

¿antes o después de la guerra? Loplop Loplop qué grande sos. Creo que ganó el gordo de la nacional y matrimonió con pompa, una mina robusta que le duró hasta que se evaporó toda la plata. Ahora toca, con abultado bisoñé, en la confitería Ideal para los nostálgicos del tango-canción.

Se abre la puerta de uno de los cuartos grandes. Si ustedes tienen buena vista podrán ver un sólido sofá Récamier, en forma de ataúd, sacado de una pesadilla de Magritte contada en la vigilia por Max Ernst. Sale de él un tipo descomunamente obeso y sudoroso, al que conocen como el Vizconde de Lascano Tegui. Su padre fue el inventor del título, dentista en París, gastrónomo en Buenos Aires, dejó a la posteridad un libro titulado *De la elegancia mientras se duerme*. Su supuesto heredero tiene su mismo corpachón pampero, su sonrisa de *boulevardier* y sus ojos escépticos de *globe-trotter*. Nadie sabe si Emilito emuló los fervores literarios de su progenitor, pero en el burdel es famoso por sus succulentas propinas y por sus ofrendadas frases: «¡Tendré que abandonar el Kama Sutra, porque ya no me da el flexible!».

La patrona es mujer avezada que pasea su perfil vacuno sin complejos, renqueando sin estridencias deja sobre el piso encerado un reguero de virutas rosas. Se llama Margot, pero no es rubia ni francesa. Mastrongo la conoció recién llegada de Córdoba cuando era una muchachita noctámbula que frecuentaba los cafés de la Avenida de Mayo, hasta que se cruzó con un mayorista de cereales que le puso piso propio en Caballito. Es buena administradora, dice Mastrongo, y tiene hilo directo con los capos de la Seccional. Su conversación es la justa, no desperdicia el tiempo, menos en noches tan concurridas en las que hay que dar buen trato a la clientela e impedir que se impacienten. ¡Otra ronda!, ordena Margot, y las muchachas desencadenan las generosas botellas de licor. No se apure compadre, dice Remy deletreando como si hablara guaraní, aquí hay combustible para todos. Y el violinista lo mira con ojos ausentes, abanicándose con lentitud. Hay combustible